

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JOSE MARIA DE LA JARA Y URETA,

Por José JIMENEZ BORJA

(Artículo publicado el 29 de marzo de 1979)

Se cumplen hoy cien años del nacimiento de José María de la Jara y Ureta ocurrido en Lima el 29 de marzo de 1879, en vísperas del aciago suceso que desquició nuestro desarrollo republicano y marcó una fatalidad para su generación, surgida entre el cercenamiento, la miseria y la desolación de su país. Se la ha llamado la generación de Riva Agüero y los García Calderón, por sus cimas esclarecidas y también la generación de 1905, por ser este año el de su aparición en las letras y la vida pública. Surgieron milagrosamente de la entenebrecida Universidad, casi sin maestros, con la palpitación de nacionalismo herido, una aspiración de cultura que volcaron iluminando el contorno de pasión y belleza y una probidad que los hacía indeseables a la simulación democrática que prevalecía entonces. Entre ellos estuvo De La Jara y Ureta, abogado, político, escritor, orador, maestro; y sobre todo, señor del desprendimiento ciudadano y espíritu de prístina grandeza.

Muerto su padre muy joven, su vocación política y literaria se enlaza con su abuelo, el arequipeño don José María de la Jara, Ministro de Hacienda de Manuel Pardo, novelista y hombre de limpidez elocutiva. Su educación en el Colegio de los Jesuitas le abre los horizontes de la cultura clásica española, de la que prende en su estilo la abundancia, el vigor, la transparencia, junto a una línea de elegancia y armonía. En 1895 está ya matriculado en San Marcos en que sigue estudios de Letras y Jurisprudencia. En los primeros culmina con su tesis sobre Mariano José de Larra, con quien tienen sus escritos humorísticos cierta afinidad de gracia e intención. Siendo excelente abogado de memorables informes ante la Corte Suprema, no enseña en la Facultad de Derecho —en la que su hermano Ernesto era luminoso expositor de legislación civil— sino que acepta por inclinación estética la cátedra de Literatura Castellana que le ofrece la Reforma de 1919-20. Allí fui su alumno en 1923. Gran orador —el mejor del Perú según Víctor Andres Belaúnde y Ventura García Calderón— deslumbraba por su palabra cálida y fluyente, como la cascada de un áureo manantial. Pero no se trataba sólo de la mágica seducción del verbo. El viaje de la dicción irradiante y pulcra, llevaba con naturalidad la gravidez del concepto con las honduras, vuelos, esencias y perfiles de los autores. Tenía algunas ausencias, pero era porque jamás repetía o palabreaba, sino por la responsabilidad de la preparación de una clase con rigor de fuentes y arquitectura didácticas, en tiempos en que no se vivía de la cátedra y ésta era sólo un honor, lo que se compensaba con la riqueza desbordante de las clases que dictaba. Dominaba los Siglos de Oro, pero parecía delectarse en la vitalidad bárbara de la Edad Media, con su fuerza no purificada, sin la talladura de cristal del Renacimiento, a lo que se inclina el gusto más moderno, según lo confiesa Pablo Neruda.

Los Cantares de Gesta, los comienzos de la lírica y el teatro, el mester de clerecía, la cultura de Alfonso el Sabio, el Arcipreste de Hita con su poderosa palpitación. A propósito de este autor y las mujeres, en diferencia con un catedrático anterior que se refocilaba con las aventuras de don Pitas Payas, sin escamotear aquellas (“Pyntol’ so el ombligo un pequeño cordero”) nos hacía ver las finezas líricas de otros poemas como el elogio de las mujeres chicas (“La mujer por ser chica, por eso no es peor— chica es la calandria é chico el ruseñor...”). En fin, la narrativa del Infante don Juan Manuel, el didactismo del Canciller López de Ayala, la concepción medieval de la muerte, serena y hasta amada como “los ríos que van a dar a la mar”, en contraste con el estremecimiento sobresaltado y trágico del Renacimiento en cuya poesía el sueño es “imagen espantosa de la muerte”. Comparaciones ágiles y afiladas, severidad en la silueta espiritual de los ingenios, pincelada pintoresca de las épocas, resumen de las corrientes, presentación clara y recamada de todo como cuando la luz cae sobre un tríptico recién abierto. Después de la clase, que era al mediodía, el maestro bajaba de la cátedra, cordial y risueño, para charlar en grupo con los alumnos que lo rodeaban, conocerlos con mirada penetrante, descubrir inclinaciones, provocar pareceres, incitar el escape de voces interiores. De allí salía el compromiso de las “conferencias”, que eran disertaciones sobre un autor moderno en que el alumno ocupaba la cátedra y el maestro escuchaba desde un pupitre, como cualesquiera de los presentes, con derecho de todos a preguntas finales y siempre la clausura con su dirimencia en los desacuerdos y palabras de aliento para el improvisado orador. Con motivo de estas “conferencias” recibía en su residencia para la ayuda bibliográfica, además de sosegados consejos. Es para mí inolvidable la visita que le hice con tal objeto a su

casa de Barranco, en el malecón Osma, frente al mar plomizo de una tarde invernal. De mediana estatura, fisonomía de hidalgo con tez morena y pupilas bondadosas y profundas, me recibió en su biblioteca, llanamente, como si hubiese vieja amistad. A sus pies se echó de inmediato un galgo ruso de estilizado hocico para poner una paz decorativa a la tertulia. Su preferencia sobre escritores finiseculares que apunta Riva Agüero, Clarín, Galdós y Echeagaray, se había extendido por entonces a los posteriores del 98, Unanuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán. A mí me indujo a preparar mi disertación sobre este último y le debo la retención del exquisito misterio y andante musicalidad de "Las Sonatas". Su ejercicio docente terminó un día de 1925 en que expresó su angustia patriótica sobre el Laudo del Presidente Coolidge sobre Tacna y Arica. Fue desterrado a la Argentina.

Su obra literaria es vasta y valiosa pero sumergida en el océano del periodismo. No recogió nada como lo hizo Enrique A. Carrillo en *Viendo Pasar las Cosas* o José Gálvez en *Una Lima que se Va*. Lanzó a una insondable profundidad saetas luminosas, centelleo de un instante. Escribió en muchos diarios y dirigió algunos. *La Revista Católica*, *El Bien Social*, *Los Principios*, *Lecturas*, *La Prensa*, fueron algunos de aquellos periodicos. Hizo crítica teatral, de importancia entonces, en que juzga no sólo a los actores sino a las obras y de crítica humorística, alada y punzante, con el título de *Informaciones Políticas* para lo que utilizó el seudónimo de *Gil Guerra*, contradiciendo a su abuelo que había usado el de *Gil Paz*. Sus editoriales unieron gallardía, persuasión y probidad.

Su vida pública la ha recogido la Historia y aunque excede al propósito de este homenaje, es forzoso recordarla para completar la figura moral del Maestro. Representa un arco de pureza: "hombre de límpida conciencia cívica"

dice Jorge Basadre. No titubeó jamás desechar los beneficios terrenales, sobreponiendo a ellos los valores éticos. Se negó a ser abogado de los banqueros americanos que extendieron a Leguía empréstitos usurarios, rechazó desde el destierro el nombramiento de Vocal de la Corte Suprema que le otorgó Sánchez Cerro por estar "educado profesionalmente en las tradiciones de la Corte Suprema" y renunció a la plenipotencia en el Brasil cuando en febrero de 1932 el nuevo gobierno de Sánchez Cerro mutiló el Congreso Constituyente con la deportación de 23 parlamentarios; todo esto a pesar de su honrosísima pobreza. Fue candidato a la presidencia de la República, para lo cual publicó un ponderado manifiesto, nutrido de visiones cavilantes, lanzado tardíamente, a menos de un mes de las elecciones de octubre de 1931, por un grupo de partidos de centro que veían el peligro de la violencia entre dos polarizaciones extremas. Murió en Theresópolis, cerca de Río de Janeiro, luego de un mal que se agravó repentinamente, con plena entereza cristiana, el 22 de mayo de 1932. Sus restos fueron traídos al Perú y enterrados con solemnes honores el 22 de noviembre de 1935, ceremonia de tributo nacional en que destacaron las oraciones fúnebres de José de la Riva Agüero y Osma, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua y del Colegio de Abogados de Lima y de Jorge Basadre en representación de la Universidad Mayor de San Marcos. Ambos discursos son análisis indispensables para conocer la refulgente trascendencia del intelectual y del repúblico.